

UNA OBRA INEDITA DEL PADRE DON BRUNO
DE SOLIS Y VALENZUELA, MONJE PROFESO
DE LA CARTUJA DE SANTA MARIA
DE EL PAULAR

La Sociedad de Estudios Monásticos, fundada en España en el año de 1962 en el Monasterio Benedictino de Santa María de El Paular de Madrid con el fin de fomentar la investigación del monacato en la Península Ibérica, acordó entre otros proyectos de inmediata realización la celebración anual de las Semanas de Estudios Monásticos y la fundación de una revista cuatrimestral que, bajo el nombre de *Yermo*, circula desde el año de 1963.

Bajo la presidencia del Reverendo Padre don Justo Pérez Urbel, Abad de Santa Cruz del Valle de los Caídos, celebró la Sociedad su Quinta Semana de Estudios, reunión que tuvo lugar en El Paular de Madrid, del 23 al 28 de septiembre de 1962. La apertura estuvo a cargo del crudito sacerdote español don Baltasar Cuartero y Huerta, que tuvo la fortuna de presentar un trabajo de suma originalidad acerca de una extensa obra inédita, en prosa y en verso, del Padre don Bruno de Solís y Valenzuela, monje profeso de la cartuja de Santa María, y que en el mundo se llamó don Fernando Fernández de Solís y Valenzuela, hijo ilustre de la ciudad de Santafé de Bogotá, donde vio la luz en el año de 1616. "Flor y primicia" de la cultura humanística en el Nuevo Reino de Granada; precoz autor del *Thesaurus linguae latinae*, fecunda y vigorosa personalidad literaria, poco menos que desconocido en su patria colombiana, sino fuera por el extenso capítulo que a su personalidad y a su obra le consagra el doctor José Manuel Rivas Sacconi, en su celebrada obra *El latín en Colombia*¹.

Conoció el Padre Cuartero y Huerta el manuscrito de la obra inédita del cartujo don Bruno, *El Desierto prodigioso y Prodigio del desierto*, antes que entrase a formar parte de la colección "Lázaro

¹ JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI, *El latín en Colombia*, (Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, III), Bogotá, 1949, págs. 123-140; JOSÉ JUAN ARROM y JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI, *La "Laurea crítica" de Fernando Fernández de Valenzuela, Primera obra teatral colombiana*, en *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XIV (1959), págs. 162-185.

Galdiano", de Madrid, y supo apreciar los variadísimos aspectos de este tratado autobiográfico, en que el cartujo neogranadino dio muestra de la variada fecundidad de su estro poético y del de su hermano don Pedro, pues en las XXII Mansiones, en que se divide su obra pueden numerarse 45 tercetos, 1.279 cuartetos, 287 quintillas, 70 sextinas, 159 octavas, 146 décimas, 107 sonetos, 10 romances, 108 silvas y 96 canciones, deslumbrante estadística levantada por don Baltasar Cuartero.

Tal rico depósito de prosa y verso, cuya dilatada extensión puede suponerse — el manuscrito consta de 1.122 páginas de texto — fue dado a conocer por el Padre Cuartero en la citada sesión inaugural en el estudio inédito que a continuación recoge *Thesaurus* complacido, como un nuevo homenaje a la olvidada gloria del fecundo humanista, teólogo, historiador y poeta bogotano, don Bruno de Solís y Valenzuela, que, a la edad de 23 años, camino de la madre patria, dejó para siempre su amada ciudad natal. Los fragmentos trascritos de las composiciones de don Bruno y don Pedro se presentan con ortografía y puntuación modernas.

GUILLERMO HERNÁNDEZ DE ALBA.

Rvdmo. Padre Abad, Rvdo. Padre Prior y Comunidad de este Monasterio, Señores componentes de la Sociedad de Estudios Monásticos y demás asistentes:

Previas sus correspondientes venias y licencias, que necesito y agradezco, para tratar en el insuficiente tiempo dedicado a una sola conferencia el tema anunciado, debo manifestar que ante la extraordinaria importancia de la inédita y desconocida obra aludida, profundamente espiritual, a la vez que altamente lírica, del mencionado monje profeso de la cartuja de Santa María de El Paular, don Bruno de Solís y Valenzuela, me veo obligado a entrar de lleno en el desarrollo del tema, haciendo una breve semblanza de dicho autor y dando lectura a varios versos espirituales sobre la descripción poética de la cartuja supradicha, que desde que ha empezado en 1954 a ser repoblada por la Orden Benedictina, está recobrando su antigua vitalidad espiritual y restaurando en Cristo todas las desaparecidas facetas que caracterizan el celo y las actividades monásticas, ya que, según San Dionisio Areopagita, cada monasterio es: "alcázar fuerte; ejército bien

ordenado; ciudad de Dios fortalecida; asilo y refugio de los fugitivos del mundo; arca de Noé; campo a quien Dios bendijo; escuela de virtudes; palenque de santos guerreros; monte de Sión; paraíso de deleites de Dios y de los hombres; puerta del Cielo; santuario del Señor; piedra de refugio; suerte y parte del Señor; escala de Jacob; torre de David; horno del amor de Dios; habitación de caridad; tabernáculo de paz y, al fin, Cielo en la tierra"¹.

Ahora bien, pudiendo decir que esto mismo fue la cartuja de Santa María de El Paular, no es de extrañar que muchos de sus monjes profesos fueran elevados a la prelación y que con sus semblanzas se pueda formar una estimable corona de la ínclita Orden de San Bruno. De entre ellos merece especial mención el Venerable Padre don Bruno (en el siglo, Fernando) de Solís y Valenzuela, natural de Santa Fe de Bogotá, capital de la hoy República de Colombia (antes Reino de la Nueva Granada), que siendo joven sacerdote y doctor en Sagrada Teología, hizo un honroso viaje desde su país natal a Madrid en el año 1638, para trasladar el cadáver del santo Arzobispo de Santa Fe de Bogotá, don Bernardino de Almanza, que lo depositó en el convento de religiosas concepcionistas franciscanas descalzas, de la calle del Clavel, número 2, fundado en 1594, y cuya comunidad, después de haber residido durante varios años en diferentes monasterios madrileños ha construido el actualmente suyo en la calle de Blasco de Garay, números 53 y 55.

Cuando residía en Santa Fe de Bogotá, antes de ingresar en la Orden de San Bruno, se le designó como primer dramaturgo neogranadino, y consta que en acción de gracias del éxito teatral conseguido con su obra *Vida de hidalgos*, escrita en 1618, mandó construir una ermita en el monte Montserrat², que domina la capital del Nuevo Reino de Granada.

Hay en dicha ermita un retrato del poeta, al pie del cual

¹ SAN DIONISIO AREOPAGITA, *Epístola 10*.

² Es probable que en memoria de este suceso insertó en la mansión IX del *Desierto prodigioso* la *Descripción de Montserrat en Barcelona*, compuesta en verso por Juan Pérez de Montalbán.

se lee: "Fue Maestro en Arte, Doctor de Teología, Cronista general de su Orden y Predicador Apostólico".

Según opinión de Ortega Ricaurte (José Vicente), *Historia crítica del teatro en Bogotá*, es Solís y Valenzuela (don Fernando, en la cartuja don Bruno) autor de la comedia *En Dios está la vida*³.

Según refiere el mismo Padre don Bruno,

ya tenía don Fernando [...] tratada su pretensión de ser monje cartujo en la insigne y Real Casa de Santa María de El Paular; ya andaba inquiriendo y preguntando los informes de lo necesario para mejor conseguir su intento, aunque diversos embarazos de negocios, que estaban a su cargo, y la confusa Babilonia y encantos de la Corte de Madrid le traían como sordo a los impulsos divinos; dilataba su resolución de día en día porque era fiera la lucha que interiormente pasaba, como la representó muy bien en una canción escrita a su hermano don Pedro [también sacerdote en Santa Fe de Bogotá], que después veremos.

Fue necesario que le despertase también la memoria de la muerte, y para esto ordenó Nuestro Señor que un grande amigo suyo, llamado don Diego, mayorazgo de muchas riquezas, cargado de galas y esperanzas, volviese aquel año [1639] a su patria; hubo batalla con los franceses enemigos, al salir los galeones [españoles] del puerto de Cádiz, y en ella pegaron fuego al galeón en que iba embarcado don Diego, con que él y otros muchos amigos de don Fernando percieron abrasados.

Llegaron estas tristes nuevas a Madrid, y de tal suerte le turbaron y affligieron, que estaba tan temeroso y confuso como lo estuvo

³ [Modernas investigaciones históricas demuestran que es errada la atribución a Fernando Fernández de Valenzuela, de la fundación de la ermita de Santa María de la Cruz de Monserrate, en la ciudad de Bogotá, ni mucho menos para cumplir tan peregrina promesa. Débense la ermita y su presunto eremitorio a la devoción del presbítero don Pedro de Solís y Valenzuela, hermano del monje cartujo. Cfr. GUILLERMO HERNÁNDEZ DE ALBA, *Teatro del arte colonial, Primera Jornada en Santa Fe de Bogotá*, Bogotá, Litografía Colombia, 1938.

Tampoco es fundada la atribución que el señor Ortega hace al futuro monje cartujo de las dos obras dramáticas mencionadas, ya que don Fernando nació en 1616 y mal pudo escribir una pieza teatral en 1618 y hacerla representar en 1619. Además, el texto de dichas composiciones no ha sido hallado ni se ha demostrado su existencia. Gómez Restrepo presume que el señor Ortega se guió solamente por referencias. Véanse al respecto, JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI, *El laín en Colombia*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1949, pág. 136 n., y ANTONIO GÓMEZ RESTREPO, *Historia de la literatura colombiana*, 2ª ed., t. I, Bogotá, Imprenta Nacional, 1945, pág. 281. — NOTA DE LA REDACCIÓN].

su amigo don Jacinto la noche que vio [en Madrid] la visión del esqueleto [parlante, que le reconvino con la terrorífica y amenazadora frase ¿HASTA CUÁNDO? ⁴]. Hiriole Dios fuertemente [a don Fernando] con el golpe deste lastimoso suceso, y no aguardando a experimentar otro semejante en cabeza propia, cuando tan adversos los miraba en la ajena, escarmentó a lo cuerdo y se resolvió como entendido; dispuso sus cosas, y haciendo llamar un escribano, ordenó su testamento. Como quien ya se moría, renunció sus legítimas, repartió sus alhajas entre dos criados que le habían servido, y porque ya don Jacinto tenía tratado con él un viaje a la ciudad de Granada a entrarse religioso carmelita descalzo, no sólo le dejó sus vestidos sino todo lo necesario para el viático del viaje y para el aparato necesario a conseguir el intento.

Entonces don Fernando, con sólo lo indispensable para no parecer desnudo, despedido de todos sus amigos, se dirigió a Santa María de El Paular, la casa más célebre de las cartujas que había en la provincia monástica de Castilla, emporio de santidad y erario de todas las virtudes, donde, admitido de aquellos santos y venerables monjes, examinado y aprobado, según sus santos estatutos, fue recibido a su amable compañía; pero no pudo estar ocioso durante los días que se halló en la Hospedería, esperando que el Monasterio dispusiera lo necesario para darle el sagrado hábito de novicio, y para hacer notoria su vocación a sus deudos y amigos, tomó la pluma y explicó sus conceptos en las 49 quintillas siguientes:

Salga mi voz trabajada
a cantar mi mala vida
que, puesto que fue perdida,
es justo que sea cantada,
pues, cantando, el mal se olvida.

Mi vida quiero decir,
y mi poca cristiandad:
que aunque cuente la verdad,
no llegará el escribir
donde llegó mi maldad.

⁴ Ver la *Historia de la Cartuja de Santa María de las Cuevas de Sevilla*, tomo I, páginas 551-567, 645-663, por BALTASAR CUARTERO Y HUERTA, sobre el suceso ocurrido en Sevilla al arcediano don Mateo Vásquez de Lecca, en 6 de junio de 1602 con la visión de 'la mujer tapada', que, al descubrirse, apareció esquelética y muerta.

Dar ejemplo al más perdido
a hacerlo me ha movido,
y declarar el amor
que Dios tiene a un pecador,
pues que tanto me ha sufrido.

Vosotros, ojos, pues veis
que en llorar está el provecho,
sacad lágrimas del pecho
y en el alma lavaréis
estas manchas que habéis hecho.

Mostrad el dolor que siento
y dad suspiros al viento;
dad lágrimas a este canto,
sembraréis acá en llanto,
por coger allá en contento.

Nazcan rosas donde abrojos,
pagad gustos con enojos,
y si no, cegaos luego,
que más quiero el Cielo, ciego,
que no el infierno con ojos.

Y vos, pluma, que instrumento
fuistes del alma perdida,
pues me distes, atrevida,
por cédulas el tormento,
firmadme agora mi vida.

Yo, que a Dios ofendí tanto,
que de mí propio me espanto,
con voz, ojos, mano y pluma,
porque de mí no presuma,
comienzo a cantar mi llanto.

Cuando me acuerdo de mí,
buen Dios, que por tí me acuerdo;
cómo el juicio no pierdo,
pensando que tal me ví,
hecho de ver no soy cuerdo.

Porque he pasado mis días
entre tinieblas sombrías,
y en ellas tanto pecaba,
que aun a los hombres cansaba,
y tú, Señor, me sufrías.

Tuya fue mi vocación,
que para poner unión,
has sido entre mis discordias
padre de misericordias
y Dios de consolación.

A religión me has llamado
desde que edad he tenido,
mas, aunque te he respondido,
de lo mucho que he tardado
confieso que estoy corrido.

Y sólo con intención
de vivir en religión
a tal libertad llegué,
que a puro serlo, pasé
a estado de perdición.

Y pues mal ejemplo dieron
mis pasos. y tales fueron,
quiero que sepan mi vida,
por el Cielo convertida,
los que vicioso me vieron.

Fui demonio en inducir,
nadie siga mi vivir,
pues dello doy testimonio:
que la vida de un demonio
nadie la debe seguir.

Que tal me vi, que me holgara,
pues no lo podía gozar,
que el que hizo tierra y mar
de hacer Cielo se olvidara;
a tanto pude llegar.

Que como yo me apartaba
de Dios siempre que pecaba,
a ser infierno he llegado,
pues que con cada pecado
a ser demonio llegaba.

Y mi alma redimida,
y tan caro rescatada,
iba en tierra mal lograda,
que pues iba en él metida,
iba en el cuerpo enterrada.

Y que sin ella estuviera
por muy gran dicha tuviera,
pues entonces mi memoria
se olvidara de la gloria,
como tormento no hubiera.

Tras de mí propio me he ido,
pues que mi carne he seguido;
mas mirad do fui a llegar,
pues que también a pecar
a otros muchos he inducido.

Y estaba ya tan precito,
que en los términos que andaba,
de pecar jamás cesaba,
pues pecaba el apetito
cuando el cuerpo se cansaba.

Mis cualidades perdidas
me eran también adversarias,
pues que fueron, siendo varias,
para pecar siempre unidas,
aunque en sí son tan contrarias.

Y en tinieblas de mi error
era tanta mi locura,
que, sin vergüenza y temor,
por gozar de la criatura,
aventuraba al Criador.

La voluntad y sentidos
tan hermanados y unidos
estaban por mis pecados,
que en lugar de andar ganados,
andaban siempre perdidos.

Como ciego tropecé
en el tremadal [*sic*] inmundo,
donde el alma no halla pie,
y siendo un piélago el mundo,
ved, Señor, cuál estaré.

Mas lavadme, eterno Dios,
que en este oficio los dos,
si amor mi limpieza fragua,
mis ojos pondrán el agua,
y el jabón del perdón, vos.

Mi llanto con agua acuda,
ya que vuestra eterna palma
mi carbón en nieve muda,
que para lavar un alma,
es menester Dios y ayuda.

 Pequé a tí solo, Señor,
y no podré reparar
ofensa tan singular,
pues no llegará el dolor
adonde llegó el pecar.

 Mas tú, que de tu costado
y la sangre de tus venas
estás tan acostumbrado
a quitar manchas ajenas,
quita las de mi pecado.

 Que siendo virtud y honor,
león, Dios, hombre y ofrenda,
hostia, gloria, altar y prenda,
vida, luz, juez y pastor,
sabio, santo, sol y senda,

 en tu amor mi fe codicia,
que a pesar de mi malicia,
has de juzgar mi conciencia
más con cetro de clemencia
que con vara de justicia.

 Los que habéis sido testigos
de mis vicios, procurad
de Dios temer los castigos,
y en El hacer amistad,
que en el vicio no hay amigos.

 Que pues me vistes pecar,
yo os quiero desengañar
del mal ejemplo que os di;
mis versos hablan por mí,
pues que yo no os puedo hablar.

 A hacerlo estoy obligado,
porque si tanto ofendí
y tan mal ejemplo di,
los que por mí habéis pecado,
os arrepintáis por mí.

Yo me voy a religión,
y esta determinación
no la juzguéis a locura;
antes, de tan gran ventura
os quiero dar la razón.

Ya dije que a religioso
mi Dios siempre me ha llamado,
pero que yo me he olvidado,
y hasta este punto forzoso
mis culpas lo han dilatado.

Yo me acuerdo, mi Dios, cuando,
vuestra gracia repugnando,
andábamos contendiendo:
yo pecando, vos sufriendo;
yo huyendo, vos llamando.

Ciego andaba, y puesto en calma,
lejos de tener la palma
al fin de largo camino,
cuando de aquel Sol divino
un rayo alumbrió mi alma.

Alcé los ojos al Cielo,
y luego los puse en mí,
y viéndome cual me vi,
los bajé a mirar al suelo,
y luego me conocí.

Guio el auxilio divino
mi engañoso desatino:
que tal vez al alma errada
da Dios una sofrenada
con que la vuelve al camino.

Y aunque sin conocimiento,
todo muy bien lo notaba,
porque, aunque sin él me hallaba,
Dios me daba sentimiento
de aquello que no alcanzaba.

Conocí al fin mis maldades,
y, viendo las falsedades
de esta vida, mar profundo,
vine a entender que era el mundo
vanidad de vanidades.

Resuelto en ser religioso,
por el divino poder
llegándome a conocer,
estuve un poco dudoso
para saber escoger.

Mas viendo que mis pasiones
eran mil imperfecciones,
para llorar lo pasado,
busqué el más perfecto estado
de todas las religiones.

La que es hija de San Bruno,
donde el cilicio y ayuno
ya me vayan macerando,
y hasta el nombre de Fernando
he de trocar por el Bruno.

Aquí tengo de empezar,
y hasta el fin perseverar,
aspirando a la verdad
que enseña la santidad
de la casa del Paular,

de toda virtud erario,
si no octava maravilla,
el más grande santuario
o más grave relicario
que tiene toda Castilla.

Mejor dijera que el mundo,
y en esto muy bien me fundo,
por sus grandes perfecciones
y por otras mil razones
de que es un mar profundo.

Donde tantos penitentes
imitando a los Macarios,
a los Antonios e Hilarios
la han visto tan abstinentes
que son raros y excelentes.

Como a continuación nos dice el mismo *Desierto prodigioso*:

Tuvo aviso desto don Jacinto [amigo de don Fernando] en Madrid, y desde allí, antes de partirse a Granada, por fin y conclusión de una carta muy espiritual que le escribió, puso este soneto:

De amor divino el corazón herido,
al silencio de Bruno te entregaste,
heroico asilo en su retiro hallaste,
al dictamen de Dios reconocido.

Si luces de verdad te han conducido
a tanta pretensión, bien la lograste;
todo por Dios, bizarro, lo dejaste,
y a su rebaño Dios te ha conducido.

Espera el premio de tan alto empeño,
sin que el mundo engañoso te lo impida,
juzgando que sus pompas más altivas

son vapor, viento, imagen, triste sueño,
y pues viviendo a Dios, diste la vida,
Dios hará que, muriendo, siempre vivas ⁵.

De los venerables monjes consiguió el logro de sus deseos, recibiendo el hábito sagrado de su patriarca San Bruno en 13 de septiembre de 1639, víspera de la Exaltación de la Santa Cruz, día en que cumplía 23 años, porque en el mismo había nacido a la luz común de la vida.

Habiendo llegado a la ciudad de Santa Fe de Bogotá “las nuevas de este suceso, y, como nunca esperado, lo pusieron en admiración”. Los amigos de don Fernando le escribieron varias cartas y versos, entre los cuales se halla el siguiente soneto que le envió su buen amigo Antonio:

Copiados en la idea desengaños
hallastes en cadáver confidente,
un libro frecuentando que, elocuente,
hizo Atlantes juveniles años.

Si de aquesos milagros tan extraños,
atento, vigilante y diligente,
fuistes un Argos vos, ellos Oriente,
que os deponen del mundo y sus engaños.

⁵ Padre don BRUNO DE SOLÍS Y VALENZUELA, *El Desierto prodigioso y Prodigio del desierto*, Mansión XXI.

Esplendores sacáis, vivas centellas,
de los fríos despojos de la muerte
y un gran fuego de amor de aqueese hielo,

un Etna que os reduce a las estrellas
de la casa de Bruno, que es un Cielo,
donde os asigna Dios dichosa suerte.

También don Pedro, hermano de don Fernando, le envió varias composiciones poéticas y alentadoras, de las cuales sólo insertamos aquí las dos siguientes:

Al cielo rinde gracias infinitas,
que con sus resplandores soberanos
ha dictado los pasos de tu acierto
en ese santuario, donde habitas,
que es a la tempestad de los humanos
el más piadoso, el más seguro puerto;
asiste en la quietud de ese desierto,
donde toda la gloria desta vida
(si gloria puede haber, que en este valle
de suspiros y lágrimas se halle),
se mira a breve Cielo reducida,
libre hasta que de los caducos lazos,
Cristo te dé dulcísimos abrazos.

El arroyuelo que, oficioso, mide
de tu jardín el apacible espacio,
cristalino galán que, de las flores,
en lágrimas resuelto, se despide
de la rosa, después que en el palacio
llora la brevedad de sus amores,
los ojos te abrirá, para que llores,
que hijo, aunque sea de una dura peña,
como hace de sus líquidas espumas,
presto para morir, ligeras plumas,
a llorar de la vida nos enseña
la inconstancia, que vuela presurosa,
ceniza hasta que yace, o que reposa.

Pasado el año de noviciado, don Fernando profesó en El Paular el día 15 de septiembre de 1640. Ya monje profeso cartujo con el nuevo nombre de don Bruno, y dentro de poco

tiempo, muy perfecto, dio a su ilustre linaje de Baeza el más honroso timbre de grandeza con la fama de virtudes que granjeó en la celda su gran erudición humanista y su bagaje de ciencias eclesiásticas, adquirido bajo la dirección de los religiosos de la Orden de Santo Domingo en el convento universidad de su ciudad natal, y que cultivó y amplió con el estudio durante los ratos permitidos por los estatutos cartujanos.

Desempeñó varios oficios de la Orden; fue prior de varias cartujas y, a pesar de sus muchas tareas y obligaciones, creció su amor a la cultura y a la poesía piadosa y santa, cantó las delicias espirituales de la Cartuja, se inspiró al contacto del apacible paisaje de El Paular y dejó escritas las siguientes obras:

1. *Relación histórica de la Real Fundación de la sagrada Cartuja de Santa María de El Paular...* a 1º de enero de 1643. Manuscrito original en 4º, con dos hojas en blanco al principio y 273 hojas útiles, que nosotros consultamos por deferencia de su propietario, el Excmo. y Rvdo. Sr. don Prudencio Melo y Alcalde, siendo obispo de Madrid-Alcalá.
2. *Fundación de la Cartuja de Santa María de las Cuevas, de Sevilla.*
3. *Alfa et Omega Divini Amoris.*
4. *Enchiridion Vitae Coenobitae.*
5. *Panegiricum S. P. Brunonis* (en latín y castellano).
6. *Guerras y batallas, armas y armería.*
7. *Centinela vigilante.*
8. *Consuelo de las almas amigas de Dios.*
9. *El segundo Job, Tobías.*
10. *Selva de la Purísima Concepción.*
11. *Vida espiritual.*
12. *Vida contemplativa.*
13. *Vida del V. P. don Dionisio Rickel, llamado el Cartujano.*

14. *Vida de la Madre Marcela, carmelita descalza.*
 15. *Vida del V. P. don Manuel Deza, profeso de El Paular.*
 16. *El Panal de Sansón* (es un amoroso soliloquio, en prosa, a Cristo, Señor Nuestro, en la Cruz. Así lo dice su autor en su obra *El Desierto prodigioso y Prodigio del desierto*, Mansión XXII).
 17. *La Casa de Dios.*
 18. *Panegírico de la Asunción de Nuestra Señora.*
 19. *Officium proprium S. P. Brunonis.*
 20. *Traducción en castellano del Combate espiritual.* Su portada dice así: "Combate espiritual escrito por el V. P. don Lorenzo Scúpoli, de los Clérigos Regulares de San Cayetano, traducido del italiano en todas las lenguas, flamenca, alemana, latina, francesa y portuguesa. Y ahora nuevamente de la lengua portuguesa a la castellana por un humilde monje profeso de la Real Cartuja de Santa María de El Paular. En Madrid por Andrés García de Iglesia". Sin año. Un volumen en 12º.
- 2ª edición, en la que *va añadido el modo de consolar y ayudar a bien morir a los enfermos*, Valencia, oficina de Esteva, año 1816, en 12º, 464 páginas.

Consta ser el traductor el Padre Solís, por lo que se lee en la segunda impresión de la traducción de la misma obra, hecha por el doctor Cueto, pues en los *Elogios del Combate espiritual* nombra al citado Padre Solís.

21. *Enchiridion Veteris et Novi Testamenti.*
22. *Commentariolus in Psalmos.*
23. *Vida de San Bruno*, un tomo en folio, ilustrado con estampas, que remitió a la Biblioteca de la Gran Cartuja de Grenoble (Francia).

24. *Vida del Licenciado Velasco*. Un volumen en 4º, impreso⁶.
25. *Vida del arzobispo don Bernardino de Almansa*. Un volumen en 4º, impreso⁷.
26. *Fúnebre panegírico en la muerte de Pedro Fernández de Valenzuela, y en la dulce memoria de su amable consorte, doña Juana Vázquez de Solís, vecinos de la muy noble y muy leal ciudad de Santa Fe de Bogotá, en el nuevo Reino de Granada, Indias Occidentales. Escribiólo su hijo el P. D. Bruno de Solís y Valenzuela, Monje de la Real Cartuja de Santa María de El Paular. Envíalo al bachiller D. Pedro de Solís y Valenzuela, presbítero, su hermano, y también a sus amantísimas hermanas Feliciano de San Gregorio y María Manuela de la Cruz, monjas de Santa Clara, y a Sor Clara de San Bruno, monja de*

⁶ En 6 de septiembre de 1622 murió en Granada con fama de santidad don Francisco Velasco, cura párroco de San Matías, llamado 'el cura santo', verdadero cartujo en el desseo y en sus ejercicios espirituales (ob. cit., folio 151: *Menologio cartusiense*).

⁷ En la villa de Leiva (Nuevo Reino de Granada, hoy Colombia) del distrito de la ciudad de Santa Fe de Bogotá, "con porfía, repetida tres veces, echaron cal viva y agua sobre el cadáver del venerable arzobispo don Bernardino de Almansa, pero Dios, Nuestro Señor, que, sin duda alguna, quería que con suave olor y fragancia llegara a la villa de Madrid incorrupto, venció a la porfía de los hombres y a la actividad destructora de la cal, para que se viera incorrupta la oreja derecha del difunto, en la cual había sido marcado con la señal de *Esclavo de la Reina de los Angeles, María Santísima*".

"Este prelado padeció muchas persecuciones en defensa de la jurisdicción eclesiástica; pero Dios honró a su cadáver con perenne incorrupción y suave olor, para confusión de sus perseguidores, que admiraron este suceso extraordinario durante los cuatro meses que estuvo patente a todos en casa de don Fernando de Solís y Valenzuela en la ciudad de Santa Fe de Bogotá, al trasladarlo a Madrid a su convento de Jesús, María y José, como ya hemos referido. Conocido su error por los perseguidores, ya que no le pidieron perdón en vida, se lo pidieron estando difunto, arrodillándose a sus pies, llorando y besándolos" (PEDRO DE SOLÍS Y VALENZUELA, *Epítome de la vida y muerte del... Dr. D. Bernardino de Almansa... arzobispo de Bogotá*, Madrid, 1647, con poesías de autores bogotanos, en 4º, que es la 2ª edición, pues la 1ª es de Lima, Pedro de Cabrera, 1646, 4º, 8 hojas, 72 folios. Carece de fundamento el aserto de algunos que han dicho que el bachiller don Pedro de Solís y Valenzuela es el Padre Juan Eusebio Nieremberg).

Santa Inés. Con licencia; en 4º, 12 hojas orladas, sin paginar, con reclamos y la signatura A-C.

Las siete primeras páginas contienen: Portada con varios textos latinos, sagrados y profanos, a la vuelta. Dedicatoria (a sus hermanos): Jerez de la Frontera, 10 de marzo de 1662.

En la página octava, o sea, a la vuelta de la cuarta hoja, empieza la obra, integrada por 50 octavas.

27. *Vida del P. Don Juan de Baeza, monje profeso de El Paular*.
28. *El Desierto prodigioso y Prodigio del desierto*. Un volumen manuscrito en 4º, de 1.122 páginas, de cuyo contenido hemos elegido para esta sesión varias composiciones poéticas espirituales y descriptivas, inéditas y desconocidas, relativas a la Cartuja de Santa María de El Paular.

Por último, con el amor a los libros y a la poesía mística, a las tareas y obligaciones monásticas, no obstante su delicada salud, que motivó sus traslados a las cartujas de Granada, de Santa María de las Cuevas de Sevilla y de Jerez de la Frontera, acabó sus días en esta última como fervoroso hijo de San Bruno tan cultísimo ingenio de la literatura hispanoamericana (entonces solamente española) en 10 de octubre de 1677, y fue inhumado en el cementerio de la misma cartuja jerezana, donde yace.

Pasando ahora a tratar de la segunda parte del tema que para esta sesión me ha sido asignado, es de lamentar que sea insuficiente una sola sesión para dar a conocer las numerosas y sustanciosas composiciones poéticas descriptivas y espirituales que, habiendo tiempo disponible, convendría prologar con la descripción bibliográfica de la obra que nos ocupa, pues sin contar las 1.404 estrofas que comprenden las silvas, canciones y romances, la *Representación del bautismo de Cristo*, la *Chanzoneta a San Juan Bautista*, la *Danza de un pastor y de varias gitanas ante el Santísimo Sacramento* y el *Auto sacramental en cuatro actos*, resultan 2.297 composiciones, las que, como otras tantas piedras preciosas de inestimable

y variado valor literario, se hallan montadas en la estructura de prosa que las presenta a la contemplación y admiración de las personas espirituales y amantes de la selecta y amena mística de uno de los más ilustres cartujos que enriquecen las letras españolas.

Prescindiendo de exponer aquí el juicio crítico de la obra, no podemos menos de decir que consta de XXII mansiones o capítulos, que contienen 45 tercetos, 1.279 cuartetos, 287 quintillas, 70 sextinas, 159 octavas, 146 décimas, 107 sonetos, 90 silvas, 93 canciones y 20 romances.

Siendo obligado tratar de la segunda parte del tema de esta sesión, sin más preámbulos, diremos que sobre la prosa de esta obra, que el Padre don Bruno de Solís y Valenzuela denomina *Historia*, predomina el estro poético, espiritualmente profundo y lírico en bien compuesta polimetría, porque el mismo monje dice que

la historia [...] escrita en prosa es comparada a una matrona noble y honesta, cuyo vestido ha de ser muy grave y circunspecto, sin consentir superfluo ornato; mas la historia escrita en verso es semejante a la esposa de un rey, adornada no solamente de oro y púrpura, sino de vistosos broches, de flores y otras joyas de diversas piedras preciosas, que hacen más apacible su majestad; y así, llevado [dice el lírico monje don Bruno] de mi devoción a la matrona honesta [de la historia de San Bruno], he procurado hacerla reina, añadiéndole los broches de oro, flores y piedras preciosas, para que más atraiga, que espero que por esto no ha de perder el fruto de la devoción que he pretendido excitar en vosotros, pues vemos que también los versos mueven; y, si no díganme, mis amantísimos amigos, ¿a quién no levanta el espíritu oír el *Pange lingua?*...; ¿a quién no obliga a llorar el himno *Vexilla regis prodeunt?*; ¿qué cosa [hay] más dulce que el *Ave Maris stella?*

Demás que veo a la poesía acreditada no menos que por Moisés, David, Salomón, Job y los Profetas Ezequías, Jeremías y Habacuc, y por otros doctores amplísimos como San Paulino, San Próspero, San Gregorio Nacianceno, Juvenco Arador, Sedulio, Prudencio, Ambrosio, Hilario, el abad Zacarías, Benedicto Cartujano y otros; y aun los gentiles creían que con la poesía traerían a la Tierra a la Luna, *carmina de coelo possunt deducere Lunam*.

Y no ha faltado una erudición moderna que diga que cuando Josué detuvo aquel gran planeta, haciéndole ser escándalo hermoso de la Naturaleza en el prodigio de su detención, fue con suaves versos y metro numeroso. Y no falta autor que diga que la poesía es tal, que

cuando Jesucristo quiso padecer, parece se quiso confortar con alguna cosa de ella y lo prueba con aquellas palabras *et Hymno dicto*...

De María, hermana de Moisés, siente el paráfrasis caldaico que cuando cantó la omnipotencia de Dios en la ruina de los gitanos [=egipcios], cantó todo el pueblo con ella sus alabanzas en verso; y la mejor María, Virgen, Madre de Dios y Reina de los Angeles, en verso dijo la *Magnificat*; y los ángeles celebraron su sagrado parto en verso, diciendo *Gloria in excelsis Deo*.

Y del primer hombre, Adán, sienten doctos rabinos fue el primer poeta en el ejercicio métrico, y que compuso el salmo 91 *Bonum est confiteri Domino*, y a la poesía y encanto llamaron *carmen*.

Y el mismo monje don Bruno dice: "yo le aplico lo del salmo 39 *et inmisit in os meum canticum novum carmen Deo nostro*". Y añade:

Y demás de todo lo dicho, yo hallo que a San Bruno le debemos celebrar con versos los poetas, por haberlo él sido famosísimo, y tan eminente y célebre, que en sus latinos versos emula dichosamente al Píndaro Betlemita, rey coronado, David, digo, cuya lira suena a Jesucristo, y celebra sus glorias, y Bruno vierte sus salmos.

A mayor abundamiento de razones, añade el mismo monje de El Pualar:

más queremos sonidos que pulsen al alma, que los que solamente delecten los oídos, si bien también por estos órganos suele moverse la habilidad de hacer versos, pues no hay grandeza ni majestad que se atreva a despreciarla, porque es un esmalte de inestimable adorno sobre cualquier más precioso metal que con vivos colores le hermocean.

Y alude al papa Urbano VIII, que gobernaba la Iglesia cuando don Bruno de Solís y Valenzuela escribió la obra *El Desierto prodigioso*, y quien se dignó usar de la poesía, corrigiendo y enmendando los himnos de que usa la Iglesia Católica, dándoles la perfección debida⁸.

Por último, así se expresa tan lírico poeta:

Lo que de mí os aseguro es que tengo por opinión constante que los que murmuran de los versos y del metro armónico, es porque no lo entienden; y los que desprecian a los poetas, son aquellos que en su

⁸ De la imaginación, ricamente poética, de este Pontífice, trata la obra *Maffei Barberini Poemata*, París, 1642, en folio.

vida no han podido hacer un solo verso, y así, de pura envidia que les roe el alma, roen ellos a los poetas y aun a los versos.

Así como el Padre Solís recibió de su amigo Antonio y de su hermano don Pedro sus efusivos parabienes versificados, ya mencionados, también recibió los de su anciano padre, que sumariamente le felicitó por haber conseguido “el regalado y dulce puerto en la sagrada cartuja, que es el paraíso de los deleites de Dios, congregación de justos, lecho de castidad, escuela de virtud, arca del Testamento, reclinatorio de Dios, estancia de fuertes y animosos guerreros”, como era El Paular.

Y su hermano don Pedro, tocando de Apolo el instrumento, dibujó en esta forma sus conceptos:

Tú que a los silbos del Pastor divino
 rendistes el espíritu obediente,
 imprimiendo tus plantas en sus huellas;
 tú que de la virtud por el camino,
 del resplandor llevado indeficiente,
 que reverencia el Sol y las estrellas:
 una lograste de las celdas bellas,
 o mereciste uno de los nidos,
 los alumnos en que de Bruno Santo
 alaban con las lenguas de su llanto
 a Dios, de plumas candidas vestidos;
 a la limpieza suya porque debe
 rayos puros el sol, copos la nieve.

Al cielo rinde gracias infinitas,
 que con sus resplandores soberanos,
 ha dictado los pasos de tu acierto,
 en ese santuario donde habitas:
 que es a la tempestad de los humanos
 el más piadoso, el más seguro puerto;
 asiste en la quietud de ese desierto,
 donde toda la gloria desta vida
 (si gloria puede haber, que en este valle
 de suspiros y lágrimas se halle),
 se mira a breve cielo reducida:
 libre hasta que de los caducos lazos,
 Cristo te dé dulcísimos abrazos.

Yo quedo en este piélago de penas
 donde un naufragio y otro me amenaza,
 donde una tempestad a otra sucede:
 el blando halago aquí de sus sirenas,
 el riesgo aquí me incita, me disfraza;
 y el que de *Ulises* la prudencia excede,
 cede al halago, y al peligro cede.
 Que aquí, como no ilustra la memoria,
 del verdadero sol la lumbre pura,
 como tiniebla de la noche oscura,
 el engaño embaraza la victoria;
 y el que creyó arribar al cielo mismo,
 deste mar se confunde en el abismo.

De la fortuna la inconstante rueda
 por hacer la caída lastimosa,
 a cual sube al alcázar de zafiros,
 y decirse feliz porque no pueda,
 un punto en este estado no reposa,
 antes su globo en circulares giros
moviendo, cobra en trágicos suspiros
 de su prosperidad la recompensa.
 Aquí no es verdadera el alegría,
 pues más veloz cualquiera se desvía
 que opaca exhalación, que nube densa;
 con que nos deja el gozo más crecido,
 el dolor solamente de perdido.

Mas, para qué en contarte los enojos
 del mundo, me fatigo y te molesto,
 si tú mejor que yo, desengañado,
 no dejas contemplar ya de sus ojos
 los que tan tiernamente en Dios has puesto;
 y los que ya le sirven de candado
 de tus párpados dos, no sin cuidado:
 la humildad, la modestia y la obediencia,
 cortinas que, curiosas y leales,
 le conservan al alma sus cristales,
 decente ⁹ para que su transparencia
 examine aquel cándido Cordero,
 que fue pío holocausto en un madero.

⁹ Honesto, justo, debido.

Aquel, digo, que en fe de su limpieza,
piel se vistió más blanca que el armiño,
primogénito aquel que, soberano,
siendo de Dios, fue tanta su fineza
y fue tan extremado su cariño,
que, por las culpas del linaje humano,
de sangre y de cristal un oceano
derramó; en cuyas ondas caudalosas,
comprando nuestras glorias con sus penas,
de púrpura se vieron azucenas
y de nieve también se vieron rosas,
para que al alma paraíso sobre,
y las delicias del primero cobre.

Ahí, cuanto contemplas, cuanto miras,
te persuade que de Dios alabes
siempre la providencia soberana;
ahí, la dulce suavidad admiras
con que saludan las parleras aves
a la aurora, vestida de oro y grana,
que en los términos es de la mañana,
reina del cielo, de los aires reina;
ahí te alegra el guilgerillo [*sic*] breve,
que vínculos de nácar y de nieve
bordan las plumas con que el aire peina;
y duda si de su esmeralda hermosa
grillos rompe el jazmín, cárcel la rosa.

Es tu ameno pensil academia
donde estudiar podrás muchos avisos,
que en su cátedra [*sic*] lee la primavera
y en sus hojas las flores cada día
escriben; pues las que nacen narcisos
no se ven de un arroyo en la ligera
plata, cuando la cólera primera
del viento impetuoso las deshoja,
y pompa la que fue del verde prado,
y los rayos del círculo dorado,
vana, desafiaba hoja a hoja,
a contemplar sus lástimas convida
en pálido cadáver convertida.

Ahí, la reina del abril hermosa
registrarás de púrpura vestida,
y de precioso aljófara coronada,
en fe de sus colores vergonzosa.
En pedazos de nieve dividida,
toda la castidad simbolizada,
verás en la azucena delicada,
que se marchita sólo del aliento;
en el ámbar fragante que dilata
el nevado jazmín, copo de plata,
por el espacio diáfano del viento,
advertirás cómo, hasta el cielo sumo,
sube de la oración fragante el humo.

El arroyuelo que oficioso mide
de tu jardín el apacible espacio,
cristalino galán que, de las flores,
en lágrimas resuelto, se despide
de la rosa, después que en el palacio
llora la brevedad de sus amores,
los ojos te abrirá para que llores,
que hijo, aunque sea de una dura peña,
como hace de sus líquidas espumas
presto para morir ligeras plumas,
a llorar de la vida nos enseña
la inconstancia que vuela presurosa,
ceniza hasta que yace, o que reposa.

Y tantas plantas de Cibeles juntas,
que a barrenar parece que se atreven
el pavimento excelso de diamantes,
de esmeralda con siempre verdes puntas
que el aire rasgan, que las nubes mueven,
verdes te acordarán, aunque montantes
amenacen los cielos, arrogantes,
de su soberbia en el orgullo fuerte,
que se descuella así desvanecida,
olvidos funerales de la vida
y funestas memorias de la muerte,
porque el que más soberbio se entroniza,
en polvo se resuelve y en ceniza.

Alumno, pues, del querubín humano,
persevera, de aquel que prodigioso,
llevado de su espíritu divino,
hallar supo del cielo soberano
en lo áspero, en lo inculto, en lo fragoso
de sublimes peñascos el camino;
de aquel que como sabio peregrino
logró los desengaños en un punto,
que en el teatro de la muerte airada,
en profundos suspiros anegada,
representó la lengua de un difunto.
¡Oh, cómo hierde el corazón más fuerte
una pequeña sombra de la muerte!

Agradece a los cielos, agradece,
los golpes blandos con que hirió tu pecho,
o las divinas flechas, con que ha herido
tu espíritu, que pronto le obedece;
tu corazón, en lágrimas deshecho,
a las ventanas de tus ojos pido
que se asome, y explique, con el ruido
de su apacible, de su alegre llanto,
cuánta gloria te infunde y regocijo
el haberte admitido por su hijo,
un querubín, un patriarca santo,
y a mí préstame un rayo de tu fuego,
que de el mundo en el piélagos navego.

Correspondiendo el Padre don Bruno a su hermano don Pedro, informándole de la vida, celda, jardín y fuente de su pequeño huerto, le escribió lo siguiente:

Pídesme, ¡oh amantísimo hermano!, que te avise la etimología y significación deste nombre *Cartusia*. Hame parecido tan bien tu curiosidad, que para satisfacer a ella he inquirido con estudio particular el vocablo y hallo ser hebreo, que, escrito en su misma lengua, consta de tres dicciones; la primera es una partícula *similitudinis*, de suerte que significa *sicut, quemadmodum, instar*, etc., como en el salmo 112: *Micadonai. Quis sicut Dominus?*, y en este nombre *Michael. Quis sicut Deus?* La segunda dicción significa *interfectus, sive occisus*. La tercera es uno de los diez nombres de Dios, repetido tantas veces en las sagradas letras y en esta voz *Allelu-iah, Laudate Deum*, de manera

que todo junto significa, *sicut occisus Dei, vel sicut interfectus Dei*, y este modo de hablar es hebraísmo, frase propia de aquella santa lengua, que para declarar la perfección de alguna cosa en su género, le añade el nombre de Dios, como para decir montes muy levantados, los llama *montes Dei*; para llamar al río muy copioso y de muchas aguas, *flumen Dei*; y así *cedros Dei, astra Dei, princeps Dei*, etc.

De suerte que cartujo es lo mismo que *sicut occisus Dei*, y en nuestra lengua vulgar significa, como un perfectamente muerto, degollado de todo punto. Como un hombre muerto y degollado del todo. Esta es la respuesta formal a tu pregunta, pero porque no te quedes solamente en la corteza, te suplico busques el alma del pensamiento, que encierra en esa canción, que, para mi enseñanza, con el motivo que tú me diste, he bosquejado.

Y seguíase luego la canción en esta forma:

CANCION

Este espejo me pongo cristalino
 porque en su luna mi mudanza advierta,
 y en la luz de sus rayos me dispierta [*sic*],
 que es peligro dormirse en el camino,
 donde apenas un hombre se dispierta,
 cuando camina al lado de la muerte.
 Y si es la mayor suerte
 llegar a conocer su suerte el hombre,
 mi suerte quiero ver puesta en mi nombre,
 que siempre el Cielo a esclarecidos pechos
 puso en el nombre cifra de sus hechos,
 y con este consejo
 mi nombre a mí me servirá de espejo.

Dice, pues, este nombre, un hombre vivo,
 tan muerto como un hombre degollado,
 y he de estar muerto tan perfectamente,
 que no me tengo de acordar que vivo;
 sino pensar que estoy ya sepultado,
 que al muerto esto le falta solamente.
 He de llevar presente
 que no hay en mí querer, pues la cabeza
 del degollado nunca se endereza.
 Ni tengo de sentir, que los sentidos
 los tengo todos de tener perdidos,
 y solo sentimiento
 de ver que no he sentido lo que siento.

La propia voluntad, el amor propio,
la estima, el parecer, la ambición vana,
el preferirme, y el tenerme en algo
muy lejos ha de estar, porque es impropio
pensar que un muerto tiene desto gana;
y si la tengo, de mi ser me salgo;
que sólo un nada valgo,
allá en el centro, donde solo habito,
con grandes letras ha de estar escrito;
y en mí la pretensión de mi ventura
ha de ser aguardar la sepultura
y mi mayor ventaja,
el ir siempre vestido de mortaja.

La carne, mi enemiga ya vencida,
se rinda, calle, abata, cure y llore,
sin fuerzas, quieta, humilde, enferma y flaca,
y pues es carne ya de hombre sin vida,
no hay aguardar que nadie se enamore
de la hermosura que de un muerto saca.
Aquí del todo aplaca,
de aquellos apetitos tan injustos,
los regalos, deleites y los gustos:
cosa de carne aquí se veda,
porque sin carne y sangre un muerto queda:
los regalos son vanos,
que es regalar con ellos los gusanos.

Fuera del cuerpo ha de vivir el alma,
ni ha de sentir los ímpetus furiosos
de aquellas sus pasiones que la alteran.
Muy sosegado el mar, y muy en calma,
navigue con afectos amorosos
al puerto amado, en quien el premio esperan;
y aunque cosarios quieran
turbar su paz, por aumentar su pena,
las áncoras asiente en el arena,
y firme no responda en su congoja,
que un muerto ni se queja ni se enoja,
y así no es bien que sienta
honor perdido, ni crecida afrenta.

Mas, ¡ay!, de mí quitar quiero el espejo,
 que no puedo sufrirme, pues me veo
 tan lejos de llegar a lo que miro,
 que aunque la vida en esta vida dejo,
 tan asido a la vida está el deseo,
 que nunca de mi cuerpo lo retiro;
 y con razón suspiro,
 pues tanta carne y sangre en mí se encierra,
 que apenas me levanto de la tierra:
 tan lejos de estar muerto en lo que intento,
 que es cuanto pienso, cuanto digo y siento
 contrario a lo que escribo,
 pues lleno de pasiones me estoy vivo.

Nos relata *El Desierto prodigioso* que, leída esta canción por don Pedro de Solís y Valenzuela, prosiguió él leyendo otra cláusula de la carta de su hermano don Bruno, que le decía así:

Pídesme también que te avise cuáles son las armas y divisa de la Sagrada Cartuja, a que te respondo que son las de la Pasión de Cristo Jesús, Redentor Nuestro, y con sabio acuerdo, pues nuestra vida y profesión se endereza principalmente a su continua meditación; están pintadas con famosa bizarría de pincel sobre la puerta del claustro principal desta Real Casa; mas reparando en tu pregunta, hice también reparo que en el que llamamos claustrillo, por ser pequeño, y donde están compartidas las capillas para decir misa, hay una vidriera, entre otras muchas de extremada curiosidad, y en ella está pintado un monje cartujo de rodillas con una bandera en la mano, y en la bandera dibujadas las armas dichas de la sagrada Pasión de Cristo, nuestro bien, y debajo tiene esta antigua letra, también exarada con antiguas letras:

El cartujo nunca teme
 a la muerte, cuando viene,
 pues que tales armas tiene.

Y yo, por hacerte más gustosa esta relación, la he glosado en esta forma:

De la militar bandera
 que Bruno al Cielo levanta,
 una y otra escuadra santa
 lleva la fe verdadera:

la muerte acomete fiera,
 mas ¿qué importa que se extreme
 en cortar la proa o leme? ¹⁰.
 Pues, aunque es fatal castigo,
 tan poderoso enemigo
el Cartujo nunca teme.

Porque de humildad armado,
 de la caridad vestido,
 con el mismo Cristo unido
 y hecho su vivo traslado,
 nunca al tiempo descuidado,
 cuya asechanza previene,
 tanta vigilancia tiene,
 fiado de su pastor,
 que no le tiene temor
a la muerte, cuando viene.

Que fuera gran cobardía,
 estando en muro tan fuerte,
 el no vencer a la muerte
 que a los bravos desafia;
 consiste la valentía
 en armas que Dios previene,
 en que su Pasión contiene,
 y pues, de Cristo es dibujo,
 no es bien que tema el cartujo,
pues que tales armas tiene.

Quisiera (proseguía la carta) explayarme en todos los admirables conceptos que en sí encierran estos tres versos y así aún no quedé satisfecho desta primera glosa, y me has de permitir, para que yo quede desahogado, el que la vuelva a glosar. Porque ¿quién será aquel que pueda tener reprimidos los conceptos que ha pensado? y es cierto que, aun siendo así, no quedaré enteramente satisfecho.

Dice, pues, la otra [glosa] así:

El tratar mucho un rigor,
 el comunicar la pena,
 hace fácil la cadena
 y disminuye el temor.

¹⁰ Lo mismo que timón de la nave.

Quien trata mucho al ardor,
seguro está que se queme,
por más que en sus llamas reme,
y a la muerte, aunque es ingrata,
como continuo la trata,
el cartujo nunca teme.

Su vida es vivir muriendo;
su morir, vivir gozando;
su ser, es irlo acabando,
y acaba vida teniendo.
Si en el cartujo estoy viendo
que con morir se previene,
para la vida que tiene,
teniendo lo que desea,
es imposible que vea
a la muerte cuando viene.

En la bandera que muestra,
los timbres de la Pasión
hacen en él tal unión,
que es suya sola y es nuestra.
Con espada fuerte y diestra,
ser vencedor le conviene,
aunque en vida se detiene
mientras en la muerte piensa,
y así, es forzoso que venza,
pues que tales armas tiene.

Para corresponder don Pedro a su hermano don Bruno a los versos de éste, le envió la siguiente canción, en que describía la Cartuja, cual si fuera una ciudad fortificada, atacada por varias escuadras de demonios para destruirla. Y decía así:

Muro de la ciudad de Bruno santo,
de fuertes esmeriles guarnecida,
al cielo la cartuja se levanta:
tanto es su esfuerzo y su valor es tanto,
que en la palestra de la humana vida,
con fe divina, fortaleza santa,
a la enemiga planta
la vence, la destruye y la resiste:
si el enemigo embiste

con tropas de soberbios escuadrones,
ocupa con valor sus torreones
el cartujo valiente;
la espada esgrime contra el bando ardiente
y su furia deshace,
triunfo que al cielo alegra y satisface.

Piensa ser vencedora
la carne cautelosa en la contienda,
de sus halagos torpes prevenida,
da el asalto a la aurora;
no hay fuego de su parte que no encienda,
cautelosa, halagüeña y atrevida;
con la beldad fingida
presenta la batalla;
sale el cartujo y, puesto en la muralla,
de su furor la priva,
sabio la vence, fuerte la derriba:
porque imitando a Bruno soberano,
con mano diestra, poderosa mano,
muestra en su fuerza mucha
que Bruno en su defensa es el que lucha.

Angélica milicia, alerta, alerta,
defended la azucena soberana,
que tantos triunfos le consagra al cielo;
sea vuestra victoria la más cierta,
huyendo siempre la beldad humana
con diestros pasos y ligero vuelo,
que el humano desvelo
furioso se apresura,
queriendo contrastar vuestra clausura;
pues, alto, a la defensa:
mostrad que es vuestra fuerza inmensa;
haced alto en divinos escuadrones;
refrenad las acciones
desta fiera enemiga;
vuestro heroico valor triunfo consiga.

María, vuestra bella capitana,
le dio a Bruno de Cristo la bandera,
y aunque en el desierto la tremola,
con armas de pureza el mundo allana:
ella os anima y ella es la primera
que a Bruno da sagrada laureola;

pues desta Reina sola,
 en cartuja animados,
 mostrad que sois de Bruno los soldados
 y en bélica porfía,
 aclamando favores de María
 con vuestra penitencia y sus rigores,
 con el silencio, retiro y sus primores,
 vuestro heroico valor, aunque en clausura,
 con la victoria salga que procura.

Rimbomba el parche, a cuyo son el mundo
 con fieros escuadrones que previene,
 la batalla presenta a vuestro brío,
 y en este asalto, que será el segundo,
 de vuestra parte la trompeta suene
 y salga vuestro esfuerzo al desafío
 y con presto desvío
 cada cual su castigo pronostique,
 su pena intente, su dolor publique,
 y este monstruo atrevido
 en olvidos se halle sumergido;
 disparen vuestras piezas
 contra sus vanidades y riquezas
 un diluvio de balas,
 que derriben la pompa de sus galas.

Luzbel, que en ira y en furor se enciende,
 su campo ha puesto junto a vuestro muro
 (vana soberbia, vana bizarría);
 aportillarlo con rigor pretende,
 fiado en tropas de su reino obscuro.
 Empieza con furor la batería,
 mas a fuertes soldados de María,
 hijos de Bruno, todos escogidos,
 ¿qué importan sus intentos prevenidos?
 Pues es fuerza que vuelva derrotado,
 porque en cada soldado
 hay valor sin segundo,
 que contra su poder, la carne y mundo,
 rechazando valientes sus deseos,
 consiguen vencedores sus trofeos.

En otra cláusula de su carta a su hermano don Pedro,
 don Bruno dice a éste: ...

A la petición que me haces de que te describa y pinte este sagrado santuario que habito, respondo que es imposible el hacerlo en breve suma, por ser necesario, para salir bien de tal asunto, el formar un libro entero, pero por mostrarte en un epílogo breve tan abundante copia, sólo digo que a la puerta de su claustro, por la parte que afuera se mira, tiene con dignísimo acuerdo escrito este breve rótulo: SOLI MERUERE BEATI. Y poniendo los ojos en él (los de la consideración, digo) y en los fervorosos deseos que me representas que tienes de habitarle, y en las dificultades que te embarazan tan feliz ejecución, por última despedida de los versos he querido desde esta soledad animarte con estas voces. Y seguáse luego esta

CANCION

Roto el gobierno, entera la tormenta,
débil el casco, reforzado el viento,
y la urna sedienta,
que a diluvios el noto la acrecienta,
para sorberse vivo
al pasajero altivo,
que de peligros tantos
olvidado, inocente, vario, incierto,
sin pensar en el fin del divo puerto,
fueron su imán del rumbo los encantos;
atento ya el discurso
a los tantos peligros de su curso,
el intento depone,
y ya dejando al mar que se corone
de todas las caricias
de mortales delicias,
con distinto alborozo
salva la vida en un pequeño trozo,
que para salvamento
le dio prestado el arrepentimiento,
siendo su Palinuro,
siendo su amparo, su defensa y muro,
que le guarece al daño,
el escarmiento y sacro desengaño,
que San Telmo luciente
peligros le desvía, diligente,
y, atado a sus cadenas,
le libra de Sirtes y Sirenas,
y conducido al puerto,
vivo, a su vida y a sus vicios muerto,

del puerto las arenas
 abraza que, oportuno,
 para sus dichas le ha formado Bruno,
 en Paular fervoroso,
 tan sólo merecido del ¹¹ dichoso.

Del ¹² batel de la cuna
 aprende en los arrullos, mar en leche
 y en sulcos tan pequeños
 a empinarse al regazo de fortuna,
 para que con abrazos más le estreche,
 y los cariños le depongan ceños.
 Examina las gracias una a una,
 Aegle le promete buena andanza,
 Phasitea la ¹³ dicta la opulencia
 y Eufrosine propone sus favores.
 Al trato se abalanza,
 del ¹⁴ tráfago se rinde a la frecuencia,
 sin temer de mudanza los rigores ¹⁵
 y en todas partes topa,
 con la risa en la boca,
 los topes que después serán escollos;
 la fortuna le cansa
 que era el moble primero de la estancia;
 viste de negro luto
 amenas flores de esperado fruto,
 quemando los pimpollos;
 ya no hay amigo cierto
 y no es tan malo, si es para ellos muerto,
 porque el humano trato
 es para sí más fiero y más ingrato
 que suele el de los brutos.
 No come el lobo al lobo en sus redutos,
 porque guarda respeto
 a la uniforme especie del objeto,
 y solamente el hombre
 persigue semejanzas de su nombre;
 y si le ve caído,

¹¹ "De el" dice en la *Historia de la Cartuja*, folio 200.

¹² "De el" (*ibid.*).

¹³ "Phasitea le dicta" (*ibid.*).

¹⁴ "De el" (*ibid.*).

¹⁵ "Los temores" (*ibid.*).

cual fiera embravecido,
 le contrasta, deshace y desmenuza;
 de asechanza y rencilla
 los colmillos aguza,
 sin rostro ¹⁶ de piedad y de mancilla.
 ¡Oh! dichoso mil veces, de sus filos
 quien halla amparo santo en los asilos
 del ¹⁷ Paular fervoroso,
 tan sólo merecido del dichoso.
 [...]
 Deste ¹⁸ globo mortal, mundo pequeño,
 es con tirano trato,
 aclamado Señor y torpe dueño,
 un nefando poder de triunvirato,
 no de César, Pompeyo y Marco Antonio,
 sí del ¹⁹ mundo, la carne y el demonio,
 que a sus leyes sujetan lo viviente,
 cegando torpemente
 con inmensos estragos
 de una mentida gloria los halagos;
 todo lo inundan cual furioso río,
 sujetando a su ley el albedrío:
 y el que desta tormenta
 escapa, la razón libre y exenta,
 redemido [*sic*] su aliento
 con el sacro favor conocimiento,
 es tan fuerte invadido
 cuanto fuere su ardor reconocido.
 La carne presidente
 sus ministros previene diligente
 contra el que a su instituto
 feudos le niega que le paga el bruto;
 y pone su conato
 en volvelle a la unión de su mal trato;
 los cebos le acrecienta,
 de Venus los incendios más le aumenta
 con ²⁰ ocasiones muchas
 de torpes zancadillas de sus luchas;

¹⁶ "Es sin rastro" (*ibid.*).

¹⁷ "De el" (*ibid.*).

¹⁸ "De este" (*ibid.*).

¹⁹ "De él" (*ibid.*).

²⁰ "En" (*ibid.*).

cuanto más se retira
 con más vivos pinceles de mentira
 le dispone beldades
 y mil comodidades
 llenas a fuer de lo caduco humano.
 Si esto ²¹ le sale en vano,
 prestada fuerza implora
 al mundo, que esta fuga también llora;
 propónele grandezas;
 dispónele los puestos, las riquezas
 con que el mortal en logro se eterniza,
 según el diablo atiza,
 y si al entendimiento
 sol se deshace aqueste encantamiento,
 la guerra se publica,
 la fuerza abiertamente se triplica,
 los esbirros, corchetes, los sayones
 afectan la destreza en sus arpones
 de su infernal exceso;
 todos aclaman sea muerto o preso.
 Ea, valiente joven, huye el daño,
 pues alas te ha calzado el desengaño;
 no tropiece tu planta;
 veloz la mueve a la defensa santa
 que Bruno constituye
 al santo celo que estas fuerzas huye
 y ²² en seguros retiros
 hallarás el solaz de tus suspiros
 en Paular fervoroso,
 tan sólo merecido del dichoso.

Aquí, don Pedro amado,
 la regla de San Bruno he profesado,
 si bien indignos de tan alto empleo
 mis flacos hombros, que habitar tal cielo
 no merecía yo sólo un instante.
 Aquí, hermano, me veo,
 entre uno y otro aroma, arder fragante
 en fuego que ministra amor divino,
 bien así como el pájaro Sabeo
 que muere y vive de su misma llama,

²¹ "Si este" (*ibid.*).

²² Aquí se acaba la composición en la *Historia de la Cartuja*, folio 202; pero en *El Desierto prodigioso* continúa la versificación.

soplada de las plumas de su vuelo.
Aquí, hermano, te espera mi cuidado,
aquí te solicita mi deseo,
aquí, libre de enojos,
te quieren ver mis ojos
y finalmente aquí mi amor te llama.

Ven, mi don Pedro, sigue los acentos
que numerosos me dictó Talía,
aún más por lisonjear tu ingenio alto,
que vuela de la fama en los alientos,
que no por ostentar mi poesía,
de que me veo bajamente falto;
si bien en cada sílaba que escribo
una voz grande va del alma impresa,
un desengaño de la muerte vivo,
y de la vida va un engaño muerto.

Ven, mi don Pedro, ven con toda prisa,
que la voz que resuena en el desierto,
al peregrino errante que la escucha,
si con presteza mucha
no la observa el oído, y desampara,
eco la esconde avara,
si el viento no la lleva velozmente.

Ven, mi don Pedro, que si al cielo anhelas,
por el desierto abrevias el camino
y por la soledad verás que vuelas,
sin que lo impida humano inconveniente,
que más cerca está el cielo de los montes
y de lo humano lejos lo divino.
Atiende a este Mercurio solitario
que con seña de amor, si con voz tierna,
está en la encrucijada desta vida,
mostrándote el camino de la eterna.
Dale piedras y ofrécele coronas
por seña agradecida
de que fiel el camino te ha mostrado.
Ven, mi don Pedro; ven, hermano amado.

Ven, mi don Pedro, y hallarás la puerta
deste nuevo terrestre paraíso
a cualquier hora abierta,
que la casa de Dios y la de Bruno,

que viene a ser todo uno,
jamás al que la busca está cerrada:
donde por guarda el cielo poner quiso
en hábito cartujo
un ángel venerable
de grave aspecto, condición afable,
bajos los ojos y la frente alta,
en cuyo terso espacio
divinamente esmalta
de rugosos caracteres dibujo,
de la edad el pincel irreparable.
La barba dilatada
que el pecho soberano
argenta, grave y bella,
tantos hilos de plata peina en ella
con el marfil de religiosa mano
(no con líneas de boj o de retama)
cuantos en él observa desengaños;
de cuya compostura
los más severos años,
la mayor travesura,
la quietud de más fama
y el juicio más prudente,
si no absorto, pendiente
verás como de un pelo.

En vez de espada ardiente,
vibra en la mano globos celestiales,
sacras esferas, si no son lucentes
rayos de la corona de María
(su rosario sagrado),
de cuya batería
las furias infernales
tiemblan medrosas y se alegra el cielo;
así este paraíso prevalece
en su primer fragancia,
libre de basiliscos y serpientes,
y cada día su esplendor se aumenta,
porque con vigilancia
el ángel que le guarda diestro esgrime
armas de mucha cuenta.

Verás que cada día
socorre inmensa gente,
que la pobreza a sus umbrales guía,

el semblante bordado de alegría,
mostrando en él la que en el alma siente,
y a cada uno, con amor paterno,
con franca mano y con fervor prudente,
le deja socorrido y consolado,
cual lo demanda su aflicción y estado.
¡Oh caridad ardiente!
¿quién no tendrá por cierto,
más de una vez, de pobre revestido,
estando Dios por lo piadoso muerto,
a gozar con razón haya venido
de sus sacros alcázares reales
de caridad y fe quilates tales?
Santidad rara ostenta;
como anteojos de fe, jamás se quita;
en cada pobre se le representa
la majestad de Dios incircunscripta;
bien a nuestro gran padre Bruno imita
en caridad no oída,
virtud de alteza tanta
que sobre sí se encumbra y se levanta:
a Dios bien decir puede
que le debe no menos que la vida,
pues, siendo Dios el pobre,
si no fuera por ella,
hubiera muerto de hambre.

Con cordura elocuente y soberana,
con santa cortesía
y con modestia urbana,
aquesto, sin mundanos ademanes,
sin ambición al fin, sin pompa vana,
verás que te recibe;
y al prior le da cuenta que has llegado
(que no tiene acción suya sin licencia
primero del Prelado,
porque en nada se falte a la obediencia,
virtud que en la Cartuja eterna vive).
Saldré yo, sin faltar a la decencia
de nuestros venerables estatutos
(que con padres y hermanos aun se observan)
y viéndote ya en puerto deleitoso
(¡oh hermano de mi vida!), en salvamento,
libre del mundo, mar tempestuoso,
donde hay, cuando suave corre el viento,

un Caribdis y Scila a cada paso,
una borrasca a cada movimiento;
el corazón en gozo destilado,
por los ojos el alma desleída,
con recíprocos lazos,
que una y mil veces tejerán mis brazos,
y al fin, con alborozo
que pase de los límites del gozo,
confirmaremos nuestro amor fraterno,
alegrándose en Dios el alma y vida,
en señal que has llegado.
Ven, mi don Pedro; ven, mi hermano amado.

Ven, mi don Pedro, donde tu camino
absuevas, y, devoto,
cumplas el sacro voto
en un templo divino,
cuyas naves, cornisas y columnas
no ocuparon las reglas y compases
de Vitrubios ni Serlios vanamente,
ni dórico labor, jonio o toscano,
grabaron Tesifontes y Scopases,
ni estatuas relevó Fidias algunas
con el cincel valiente,
que burlen la atención después la mano,
ni chapiteles en soberbias torres
(puntiagudos gigantes)
al cielo suben con osado vuelo,
a dar y quitar luz a las estrellas
en uno y otro jaspe, o mármol paro,
si bien el templo es claro,
grave, alegre, espacioso,
de honesta, sí, celeste compostura,
a nuestros institutos ajustada
su rara arquitectura;
que fuera intento ocioso
y ostentar vanaglorias
subirse el templo celestial al cielo,
cuando el cielo sagrado al templo baja:
y así verás que en luces soberanas
por puertas, claraboyas y ventanas
salen inmensas glorias
y se meten por todos los sentidos,
en éxtasis quedando suspendidos.

Conozco ahora, hermano querido, lo que puede la fuerza y ansia de un deseo, pues habiendo sólo querido delinearte aquí el rótulo que tiene la puerta del claustro de esta santa casa, me he pasado a dibujar la puerta y el portero, y aún [he] corrido la línea hasta entrarte en el sagrado templo, y así ni he guardado las reglas del arte en la poesía, y de la canción me he pasado a hacer silva y aún no sé a lo que mi pluma me precipitara, si ella misma, temerosa de su riesgo, no me hubiera advertido del empeño tan grande en que la iba metiendo, pues parece intentaba en estos asomos o pequeños rasgos suyos el hacer *la descripción de esta santa casa, cosa digna de más realzado ingenio, y asunto bastante sólo* (como al principio te previne) *para el volumen de un libro. Pidiéronle a Timantes, el más célebre pintor que tuvo la Antigüedad, que en un breve lienzo pintase un gigante de descompasada estatura; y reconociendo el empeño por dificultoso, dio en un sazonado arbitrio, pintó en el lienzo sólo un dedo del gigante y unos hombres como hormigas que con varas proporcionadas a sus cuerpos le estaban midiendo*, para que así, desta disparidad tan grande, pudiese formarse la idea de lo que sería el gigante; así yo para hacerte un paréntesis breve de lo que es esta santa casa del Paular, sólo he pintado un dedo del gigante, sólo te he dibujado al portero, y sólo [he] descubierto el sobreescrito que dice SOLI MERUERE BEATI, y cuanto se ha dicho no ha sido otra cosa que varillas de hormigas que apenas acaban de medir el dedo más mínimo de tal mano. Este es El Paular.

Casa de Bruno, alcázar de cartujos,
 primera maravilla,
 cielo sereno de astros siempre fijos,
 cuyos claros influjos
 hoy dan flamantes rayos a Castilla
 con su instituto austero y penitente,
 y aquí, don Pedro, agora finalmente
 la familia de Bruno esclarecida
 muere, para vivir eterna vida,
 que sólo a Bruno el Cielo darle quiso
 aqueste paraíso,
 como del universo al primer hombre,
 de cartujo no más de con el nombre.

Y no te debes admirar que habiendo tomado por asunto el explicar el rótulo desta casa, con la copia y con la fuerza violenta del decir, no haya tocado sino sólo en la corteza de él. Este asunto le dejo a la claridad de tu ingenio, que sabrá más bien penetrarle.

Al recibirse de España esta carta de don Bruno, en la que él relata su profesión como monje cartujo, decidió don Pedro llevar las felices nuevas a su padre que se había retirado a llevar vida eremítica a un desierto situado no lejos de la población de Guaduas, a cuatro jornadas de Santa Fe, capital del Nuevo Reino de Granada. Empezó, así pues, viaje hacia la choza que servía de morada al anacoreta, en compañía de Antonio, el amigo de don Bruno que ya conocemos, y de dos religiosos pertenecientes a famosos conventos de estas tierras. Llegados allí fueron afectuosamente recibidos por el venerable eremita, y, sin pérdida de tiempo, don Pedro dio comienzo a la lectura de la carta de don Bruno, que continuó hasta este punto, en que la interrumpe. Entonces Antonio invita a cada uno de los presentes a expresar en verso sus sentimientos:

Aquí hizo pausa don Pedro, y Antonio dijo que, pues había recaudó de escribir, era buena sazón aquella para que cada uno de los que allí estaban dijese algo que cuadrara a este asunto; a todos pareció el acuerdo maravilloso y así se ocuparon un rato en discurrir y en escribir, y quien primero que todos dio feliz principio fue don Pedro ²³ con este soneto.

SOLI MERUERE BEATI

Entre plumajes de encrespada nieve,
El Poular, garza de el desierto yace,
y si al invierno todo el hielo pace,
todos los rayos al verano bebe.

Sitio es éste (mortales) a quien debe
luces la ceguedad que el mundo hace;
y a tanto fénix como en él renace,
mucha veneración, culto no breve.

De santidad erario es verdadero,
seguro puerto al leño derrotado,
delfín del naufragante pasajero.

²³ Don Pedro de Solís y Valenzuela es un auténtico representante del conceptismo de su época.

¡Oh esfera celestial! ¡Oh dulce estado!
Sólo tu albergue, a la tibieza austero,
ha merecido el bienaventurado.

Siguiósele luego su padre, el venerable eremita, que había sido en un tiempo también alumno de las musas, y en esta ocasión, deponiendo lo serio de su retiro, a quien en nada puede perjudicar la poesía, siendo espiritual, formó sus conceptos al asunto en este soneto.

Donde reina el silencio, vive el santo;
la caridad es puerta de la gloria;
la humildad, la que goza la memoria
de el gran Dios, pues la quiso siempre tanto.

Si es la contemplación divino espanto,
que alcanza del infierno la victoria;
hoy miro en El Paular aquesta historia
en cónclave de monjes sacrosanto,

cuyo silencio la virtud despierta,
cuya humildad es gloria en su desvelo,
siendo la caridad quien más la esmalta.

Mas ya dice este verso de la puerta
soli meruere beati, cómo es cielo,
pues que a tal beatitud poco les falta.

Mucho se holgaron de oír este soneto y le dieron el merecido aplauso, juzgando que aunque el de don Pedro le excedía en la locución, la llaneza de estas verdades y el haber tocado tan inmediatamente el asunto, le hacía que se llevase la corona y palma. Hacían instancia para que Antonio dijese lo que había pensado, y él se excusó de que no tenía que decir hasta entonces, y fue cautela por oír a todos primero, y así el *muy Rudo. P. Fr. Esteban Santos, prior del convento que llaman en esta tierra del Santo Ecce Homo*, leyó los conceptos que había formado en el siguiente soneto.

SONETO

El cielo cres de Dios, que Dios habita,
Paular divino, pues cielo te construye
la estrella de María, que en tí influye
la gracia que en tu cielo se ejercita.

Tu empleo la gloria solicita,
la gloria su esplendor te substituye,
pues luces de lo eterno distribuye
en cuanta elevación te habilita.

Esfera eres humana al sol divino,
en quien cifró su luz lo soberano,
porque elevado vive siempre el celo.

La muerte en tí no afecta su destino,
porque antes de morir, murió lo humano
y anticipó en tu cielo lo del Cielo.

Todos aclamaron la valentía del concepto, mas en nada inferior se siguió luego el del *muy Rvdo. P. Fr. Joan Martín*, confesor y padre espiritual del venerable eremita y de don Pedro, que le dictó así:

SONETO

De luz inaccesible amagos mira,
si ya no es posesión de la esperanza,
aún viviendo mortal en lo que alcanza
quien al Paular de Bruno se retira.

Por arpones a Dios finezas tira
en un perenne coro de alabanza,
que como logra amor, nunca se cansa,
y es aliento de Dios cuanto respira.

¡Oh divino Paular! ¡Oh albergue hermoso,
de serafines hombres en el suelo,
que están de Dios en llamas abrasados!

Tu edificio me admira suntuoso,
pues siendo seminario para el cielo,
te alcanzan sólo bienaventurados.

Sólo faltaba Antonio, el cual dijo con mucha gracia: Viendo este rótulo, SOLI MERUERE BEATI, y hablando con los santos monjes de El Paular, aprovechándome de versos ajenos, diría yo así:

¡Oh bienaventurados!
los que en salvo ponéis pasos errados
del engañoso mundo,
que tantos anticipan al segundo:

y despreciando engaños,
os dais a Dios, cuya bondad arguyo,
pues se deja obligar con lo que es suyo.
Y en ese puerto rico,
escala de las Indias celestiales,
oyendo el mar que desde aparte sueña,
escarmentáis de la borrasca ajena.
¡Oh bienaventurados!
los que en ese desierto y soledades
filosofáis verdades,
los que en tiernas de amor castas querellas,
los vientos lisonjeando,
os regaláis cual dulces filomenas,
convirtiendo las noches en auroras,
y del tiempo engañáis desengañados
las horas con las horas,
y con horas compráis eternidades,
aportillando celestiales muros
a tiros del amor, a versos puros,
cursantes en lecciones
del celestial derecho,
menos oscuras y de más provecho.
¡Oh bienaventurados!
los que amando, sabéis que sois amados
de quien tan justo veo,
que iguala con las obras el deseo,
sin tener celos de que todos quieran
lo mismo que queréis (que el amor justo
sólo de celos muere
de que todos no quieran lo que él quiere).
¡Oh bienaventurados!
de Bruno soberano los soldados,
los que con pecho fuerte
desafiáis la muerte
al palenque del yermo y estacada,
haciendo de la fe capa y espada.

Mas si con musa propia he de decir lo que siento, prosiguió Antonio, después de haber proferido estos versos, por ser tan rústica la mía, me formo un pobre labrador puesto a la puerta del claustro de Santa María del Paular, y hablando con sus monjes santos, digo en este bajo estilo así:

Pues a admirar un prodigio
es, señores, mi venida,
por lo que tengo de simple,
diré verdades a prisa.

Aunque, cuando considero
que en aquesta casa habitan
reclusiones cartujanas,
no sé, pardiez, qué me diga.

Que aunque el cura de mi aldea
me da liciones de prima,
donde hay primor de virtudes,
es corta la ciencia misma.

Y más cuando es el silencio
de su profesión enigma;
pues con las obras que calla
más sus grandezas publica.

Pero ya que del Paular
me forno a la puerta misma,
quiero leer aquel letrado
que tiene el umbral encima.

Soli meruere beati
dice este verso. Más diga:
pues está con propiedad,
tan justa sentencia escrita.

Construirla intento en fin;
el *soli* se especifica
a los solos; mas yo soles
leo del Sol de Justicia.

Meruere: que merecieron
de humana y eterna vida,
en una, muchas virtudes,
y en otra, celestes sillas.

Beati (pues que lo son):
bienaventurados digan
que ellos solos son los soles
que beben luces divinas.

En santa contemplación
del gran Dios, que los anima,
los solos que merecieron
por virtud esclarecida

ser los bienaventurados
que en este cónclave habitan,
adonde no es otra cosa
sino la casa divina

de Dios y puerta de el Cielo,
escala de eterna vida,
donde en soledad a solas
viven cielo y cielo habitan.

BALTASAR CUARTERO Y HUERTA.

Madrid, España.